

Las metáforas de una guerra perpetua¹

Boris Salazar*

En un país que lleva varias décadas de matanza continua, con algunos interludios de paz, vale la pena preguntar por los discursos que la han acompañado y la acompañan, por las palabras que la han descrito, analizado, glorificado, deformado y encubierto; por los ardidés retóricos que la han vuelto aceptable, cotidiana, banal, casi íntima. Es lo que trata de explorar Fernando Estrada Gallego en este libro tan poco usual en una Colombia que no piensa sus discursos de guerra, sino que sólo los pronuncia, los usa, los vive y los evade. Es un libro hecho desde la academia, ese lugar tan despreciado en un país dirigido por hombres prácticos y poderosos que no han logrado resolver ninguno de los problemas que nos desangran. No amenaza, por tanto, un ascenso sorprendente en la lista de los libros más vendidos, pero sí le dará a los que quieran leerlo una visión de un mundo de palabras y estrategias que por ser tan cotidiano no alcanzamos a percibir y mucho menos a descifrar.

Podría haber empezado por cualquier frase, cualquier estrategia retórica, cualquier fórmula de las muchas que han sido creadas en nuestra guerra irregular. Fernando Estrada Gallego eligió, sin embargo, una afirmación de Hobbes. Pero más que la afirmación, eligió un nombre: Hobbes. Lo hace por razones precisas. Hobbes, el teórico del Estado y de la guerra, sabía muy bien que en (esta última) las palabras usadas no podían ser el fundamento de un razonar válido. Estrada, el estudioso de la retórica de la guerra en Colombia, sabe que las metáforas y demás recursos retóricos están ligados al ejercicio del poder y hacen parte de una trama compleja cuyo desvelamiento requiere, como él mismo lo dice en la introducción, de mucha destreza analítica. De allí la sofisticación del aparato analítico y lógico usado por el autor. La ambición

¹ *Estudios sobre pragmática del discurso en el conflicto armado colombiano.*

Autor: Fernando Estrada Gallego, Fondo Editorial Universidad EAFIT, Medellín.

*Profesor del Departamento de Economía de la Universidad del Valle.

de desentrañar las estrategias detrás de la retórica del conflicto, de aproximarse al entrecruzamiento entre retórica, poder, poética y actos del lenguaje condujo a la escritura de un libro que, en su superficie hace contacto con las frases más violentas y banales del conflicto (como aquella célebre del Mono Jojoy: “en Colombia sólo fusiles imponen el respeto”, p.9), pero que en sus capas más interiores encuentra cruces complejos entre metáforas, metonimia, nombres de las cosas, manipulación y lenguaje, hasta arribar a un núcleo firme en el que encontramos unas cuantas transferencias violentas. No siempre es fácil realizar el viaje hacia las regiones interiores de las redes retóricas del conflicto, pero los que lo intenten hacer con ánimo desprevenido, o cargados de preguntas y hasta de respuestas, se encontrarán con algunas sorpresas y con varios interrogantes nuevos.

¿Para quién hablan los agentes del conflicto? ¿A quién intentan persuadir? ¿A sus enemigos, a la difusa y cambiante opinión pública, a sus aliados, a sus posibles seguidores? Cuando Raúl Reyes, vocero de las Farc y miembro de su secretariado, dice que “No queremos ser parte del Estado, somos Estado” (p.11), ¿para quién está hablando? ¿A quién espera convencer de su determinación de ser Estado? Estrada plantea sus cartas en forma directa: al invocar la justicia de su causa, los insurgentes

sólo quieren decir lo que han repetido: que no quieren ser siervos del poder sino sus portadores (Ídem.).

Situados en el terreno del poder, ¿qué tanto podemos aprender de la retórica de la guerra colombiana? El autor sugiere una alternativa: todo acto de lenguaje es un hecho, un hecho real que debe ser estudiado en su dimensión real y en las intenciones que lo han hecho real. No es una tarea fácil: se trata de encontrar formas de analizar una realidad que por no ser visible del todo no es menos real. Las herramientas de la retórica, de la lógica y de la argumentación nos deben llevar hasta la dura realidad de los argumentos y de las palabras que emergen todos los días de nuestra guerra, rehaciéndola y transformándola.

¿Qué es lo que encuentra Estrada en su excursión por la retórica de la guerra colombiana? Que la guerra ha transformado la retórica y la retórica ha transformado la guerra hasta converger a una estructura única. Los discursos de la guerra toman la forma de la guerra y las acciones de la guerra terminan pareciéndose a las figuras retóricas que las sustituyen. Es más: para entender la retórica de la guerra colombiana, hay que analizarla como un terreno propicio para el ejercicio de la guerra, del uso de la fuerza para aniquilar al otro; no como un espacio para el diálogo, la persuasión razonada o el debate académico. Cada agente armado, a su manera, elige las estrategias retóricas que le permiten ganar en su propio juego de lenguaje. Declararse *Estado* no convence ni a los enemigos de las Farc ni a la opinión pública, ni siquiera al más despistado

de los colombianos, de su calidad de poder estatal, sólo convence a sus voceros y militantes de la justeza y realidad de su lucha. Hay que estar ya situado en una posición de guerra, uno de los polos de la oposición amigo y enemigo, para poder ser persuadido de la justeza y de la legitimidad de la guerra.

Queda la sensación de que cada uno de los protagonistas de esta guerra larga y terrible ha encontrado la estrategia retórica apropiada para persuadirse a sí mismo de la justeza y futuro de sus acciones bélicas. No hay, en realidad, interacción retórica entre ellos. Cada uno, en su mundo guerrero, en su imaginario de victorias futuras, en su decisión de preservar lo obtenido, ha encontrado una estrategia retórica que le permite declararse triunfador en el juego de lenguaje que juega consigo mismo. Si sólo intentan convencerse a sí mismos, ¿es entonces inútil la retórica que usan los actores de la guerra? No, no lo es. La retórica no deja de nombrar acciones, de volverlas cotidianas, de convertir en aceptable un lenguaje en el que las víctimas terminan hablando en los términos de los victimarios.

El autor hace una disección cuidadosa del término “pesca milagrosa”. Aunque no queda claro de dónde viene esa metáfora poderosa, si de sus practicantes o de alguna interacción compleja entre víctimas, victimarios y mediadores informativos, Fernando Estrada penetra en el mundo creado por una metáfora que designa la acción de secuestrar ciudadanos

en retenes ilegales. Es obvio que tal acción sólo puede ser considerada un milagro por quienes la practican. Pero es indudable, también, que el término ya pasó al habla cotidiana y que todos, víctimas, victimarios, comunicadores, fuerzas del orden y el público en general lo han convertido en parte de su habla cotidiana. ¿Qué hay, entonces, en esa metáfora? Primero, la constatación de un hecho de lenguaje: los viajeros colombianos han sido elevados por la guerrilla a la condición de peces que pueden convertirse en pescados por el milagro de toparse, cara a cara, con sus victimarios, en alguna carretera del país. Un hombre, claro, no es un pescado, pues no pertenece a esa clase, pero un hombre que es secuestrado en una pesca milagrosa sí es “pescado”. La retórica del conflicto ha logrado transformar en pescado a un viajero que tiene la desgracia de encontrarse con la guerrilla en alguna carretera de Colombia.

Este viaje por el mundo retórico de la “pesca milagrosa” es una clave para entender el propósito y los logros del libro de Fernando Estrada. Sí, los agentes armados de la guerra colombiana no comparten ni valores ni métodos. Ninguno aceptaría haber perdido la guerra ni haber sido derrotado en un debate público ni haber sido convencido por el otro o por las circunstancias, de la inutilidad de su lucha militar. Pero lo que dicen, las metáforas que producen, los actos teatrales que perpetran, la forma en que hacen naturales e inevitables sus acciones más crueles

ha pasado al habla cotidiana y a las estrategias cognitivas de los colombianos. La inquietante “naturalización” de las acciones de Castaño a través de su retórica teatral, le ha permitido al jefe de las autodefensas transformarse en víctima, en hombre de paz, en interlocutor válido, en sabio de la tribu, en instrumento inocente de la historia. La fórmula del autor es precisa:

Si la guerra es la que mata, los autores de los crímenes se convierten en instrumentos destinados a cumplir con la historia, el destino, la patria, la familia (Ibíd., 126).

Leer este libro sobre las estrategias retóricas de nuestra guerra nos

ayudará a entender los poderes terribles y banales de la palabra y de los argumentos usados en el juego de la guerra. Comprender, por ejemplo, que no es necesario entender lo que ocurrió en este medio siglo de desangre, que no vale la pena preguntar por la responsabilidad de cada uno de los protagonistas, que es preferible alcanzar un sueño tranquilo al arrullo de inocuos ardides retóricos que intentar descifrar lo que pasó. Es lo que nos han hecho creer. Es el producto de la interacción entre la retórica y la guerra. Y el libro de Fernando Estrada puede ayudarnos a descifrar las relaciones entre lo que dicen los que matan y lo que acaban creyendo sus víctimas ■